



APORTES PARA EL SINODO

FUNDAMENTOS. El significado compartido de la sinodalidad

Iglesia Sinodal

La nueva iglesia sinodal debe conocer y apreciar a fondo la cosmovisión y cultura de los habitantes arraigados en su territorio concreto. Encontrará y reconocerá con gozo que en aquellos diferentes modos de ver e intentos de convivir haya una sagrada trama de vida, que interrelaciona e interactúa en un inmenso dinamismo entre las mil diferentes organismos de vida que existen en cada territorio concreto y que forman un solo bioma (*bios* = vida); también los humanos que habitan este bioma, forman parte integral del mismo. Se habla de la vida de manera universal, pero se la percibe como misterio sagrado solamente cuando se hace concretamente visible, palpable y perceptible en un territorio concreto. Es decir, la Vida es territorialmente particular y única, pero a la vez también es conceptual a nivel universal. Cada bioma concreto es resultado de un proceso de desarrollo integral que ha generado una cosmovisión única y una cultura única, formando una convivencia socio-ambiental única. Experimentamos nuestra vida en dos dimensiones: particular y universal. Así Jesús vivió su vida y así también la iglesia sinodal vive el dinamismo de caminar en interrelación con diversas iglesias autóctonas, compartiendo el aporte único de cada particularidad, sin perderla sino aumentándola. Este dinamismo presenta el misterio de una reciprocidad vital, máximo valor humano de los pueblos originarios de estas tierras Abya Yala. Jesús se hizo visiblemente territorial a hacerse un bioma concreto, a vivir su vida humana limitada en una época histórica concreta con sus circunstancias socio-políticas y culturales concretas, etc.

La experiencia nos ha convencido que la “plenitud de la verdad del Evangelio” no cabe en ninguna cultura y cosmovisión concreta, tampoco podía expresarse totalmente en la misma cultura que vivió Jesús el que “*se hizo parte de esta tierra y miró este mundo con ojos humanos*” (LS 246). Su mirada #con ojos humanos” fue marcada por la cosmovisión particular judeo-israelita, pero a la vez miraba y actuaba localmente desde una visión global-universal. Él se hizo verdaderamente humano por haberse hecho “territorial”. Llegó a la plenitud de la vida humana, manifestando un amor humano incondicional y sin límites y éste es el único testimonio visible de haber sido plenamente humano. Nos hizo experimentar en la tierra su divinidad a través de su abundancia de amor humano (cf. GS).

Por ser parte integral de la creación, Jesús era verdaderamente creatura: formaba parte de un territorio concreto con una topografía especial y un clima particular, de una situación histórica particular, de una cultura con la espiritualidad y religiosidad características de su pueblo. Él compartía un estilo de vida pobre con la mayoría pobre de su pueblo. De ellos aprendió la esperanza y los sueños a que los marginados y excluidos se agarran con

perseverancia y resistencia dentro de todas sus turbulencias y angustias. Por esa razón, Jesús al hacerse territorio particular, reducía su vivir la realidad humana en concreto y no global.